

LUIS DOBLES SEGREDA



**POR EL AMOR
DE DIOS...**

Luis Dobles Segreda

Por el Amor de Dios...

Edición digital

2 0 1 6

EDEL

Editorial Electrónica
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



«Por el amor de Dios...»

(El autor.)

Prólogo

Por el Amor de Dios ...

De Luis DOBLES SEGREDA

*Miradlos, allá van... tristes viajeros
de la ciudad de los cafetos rojos.
Los hizo la miseria pordioseros
y marchan al azar, pisando abrojos.
Miradlos, allá van... con sus harapos
y el torcido bordón del peregrino,
exhibiendo guiñapos, pidiendo de comer por el camino.
Vedlos... son de esos seres
que pasan por el mundo inadvertidos,
sin disfrutar placeres,*

*Para esos degraciados,
que viven ignorados,
son esdtas bellas páginas escritas
con nobles y sentidas pinceladas.
Al leerlas goza el alma y se contrista:
son escenas del drama de la vida
con talento y espíritu copiadas
por un pincel de artista.*

Luis R. FLORES

Moreira

Moreira

Este es un hombre triste. Envejecido en plena juventud, como esas plantas que crecen bajo los pisos y mueren emblanquecidas, levantando la agonía de sus hojas en la negrura de la sombra.

Un manso de corazón, pobre de espíritu de aquellos cuya única esperanza es ver abrirse las puertas de la muerte para acogerse al reino que Dios les tiene prometido más allá de la vida.

Manso de corazón, inofensivo para todo y para todos, incoloro, insignificante; de esos hombres que pasan por la vida como si anduvieran en puntillas, sin meter el menor ruido.

Sombra que se materializa para el dolor y se desvanece para la alegría. Alma sin sol, labio sin sonrisa, corazón sin esperanza, este hombre vive la vida sin saborear un goce, llevando a la espalda, como en costal de ruina, la enfermedad, la miseria, el hambre y la locura.

Casi desnudo, por todas partes asoma la carne morena, bajo el harapo desgarrado.

La cabeza hundida entre los hombros, como agobiado por un peso fatal.

Cabeza siempre abatida que, sin saber por qué, no puede alzarse, no sabe erguirse sobre el enfermo cuello.

Ojos pardos y tristes, con esa tristeza vaga que deja en la pupila el letargo mental.

Ojos apagados, con la serena quietud de las resignaciones, por los que no cruza la chispa de un entusiasmo, de un deseo, de un amor, de una esperanza.

Ojos abiertos en el vacío, como sonámbulos, que miran las cosas de en torno brumosas, envueltas en una sombra que acaba por esfumarse.

Por eso el tic nervioso que los agita, hace sacudir constantemente el párpado y alzar las cejas, como en propósito, siempre ineficaz, de expulsar la modorra que los tiene paralizados.

*
* *

Hablo con él, pero no quiere alzar a verme.

Parece que tuviera miedo a los hombres. No mira a nadie. Estira la mano cuando oye pasos, se acerca y espera...

Si cae en ella una limosna baja mis los ojos, para dar las gracias; si no cae, ensaya el mismo gesto para disculparse.

Baja siempre los ojos, no mira nunca, no sabe quién paso a su lado.

Manso de corazón este muchacho entontecido.

Sordo a toda pasión, ciego a todo deseo, mudo a toda esperanza. Ni los granujas de la ciudad lo molestan.

No pueden molestarlo, no hay cómo, no da ocasión. No habla, no mira, no se enoja, no corre para perseguirlos. Es una sombra y pasa sin ser notada. Nadie le dice nada y a nadie dice nada. Pasa... pasa...

Se encoge de hombros, mete más la cabeza entre ellos, hunde las manos en los bolsillos del apretado saco y sigue por esas calles... Y por ese ir así, caminando, caminando, deteniéndose aquí y allá, pero sin volver a ver, sin torcer el camino, como una máquina, las gentes de la ciudad, que tienen un fino espíritu crítico, sólo lo llaman «Tranvía». Pero tampoco lo inquietan con eso. No responde, no se altera, sigue, sigue, con la inconciencia de un coche de tranvía.

Esta mañana que lo he tenido tan cerca del corazón, me lo ha llenado de tristeza indecible.

*
* *

Por no mirarme, pierde sus ojos en los detalles de mi cuarto, en los detalles gordos.

—Tanto libro... ¿don Luis?

—Muchos Moreira ¿te gustan?

—¿Tú sabes leer?

—Si.

—¿Y has tenido libros?

—Sí

El monosílabo del que no dice nada, del que va defendiéndose en la vida con el escudo triste del silencio.

Le he puesto la mano sobre el hombro y se ha estremecido.

Piensa que puedo hacerle daño?

¿Recuerda que así se la ha puesto también la policía para espantarlo? ¿Me lo agradece, acaso ?...

—Con que has tenido un libro.

—Sí.

—¿De cuentos tal vez?

—No, de rezos.

—¿Y cómo se llamaba?

—Catecismo.

—¿Por qué lo tuviste?

—Me lo dio el Padre Badilla regalao.

—¿Para qué?

—Pa que estudiara el «Yo pecador».

—¿Tenías que confesarte?

—Sí. Pa comulgar el Jueves Santo.

—¿Y lo aprendiste?

—Sí. Me costó mucho.

Lo aprendió para arreglar sus cuentas con Dios el Jueves Santo, este hombre sin pecados. Aprendió el

«Yo pecador» esta pobre cabeza atormentada por todos los dolores. La frente,

deprimida abajo y prominente arriba, es agitada por un olear de pliegues.

¿Qué le pasa? ¿Se habrá desencadenado ya la tempestad? ¿Va a venir el acceso de locura?

No lo sé.

Quizá esté recordando aquel «Yo pecador»...

*
* *

—Sí, antes yo podía trabajar.

—Sé que fuiste cartero.

—Llevaba las valijas.

—Y ganabas buena plata.

—Ah sí, mucha plata, mucha plata.

Y aquellos dedos torpes, estremecidos ahora, se agitan como si contaran monedas que suenan alegremente en el oído.

Pero esa plata de Moreira se fué.

Mucha plata fueron ciento veinte colones reunidos, que se fueron.

Una alcancía de pino los contuvo mucho tiempo y, a brincos y a saltos, logró irla escapando.

Pero un día no pudo más.

Su hermano se había casado, quería hacer una casita para meterse y el buen Joaquín sonó la alcancía, oyó temblar dentro las monedas y la abrió.

El hermano tomó el dinero a préstamo y él no consintió.

—Te lo regalo, Vital, te lo regalo.

Después se arruinó también Vital y el dinero se fué.

La mujer cayó en cama, cama larga, penosa y, entre la botica y el médico, se quedó todo.

*
* *

—¿Y has estado enfermo de la cabeza? -Sí.

—Te duele algunas veces?

—Casi siempre, y pierdo el sentío.

—¿Pierdes el sentido?

—Sí.

—Se cuenta de tí una historia... Moreira, dicen que llevaste amores con una mala mujer...

—¡Mentira, don Luis!

—Y que te echó basurilla en un cigarro...

—¡Mentira! Son cuentos de los cristianos.

—¿Y por qué perdiste el sentido?

El me lo cuenta.

Trabajó como ayudante de los pintores en la Iglesia de la Parroquia. Estaba de cura el Padre Badilla.

Iban a pintarla por dentro. Un día, se vino sin tomar café, se mareó y cayó del andamio.

Lo alzaron sin habla. Duró un mes sin darse cuenta de nada. Después supo que se había roto la cabeza.

El Padre lo curó y le ayudó mucho ¡era un buen padre! Pero a pesar de todo quedó así.

—¿Cómo así?

—Tonto, tonto y con el sentío perdido.

—Poro si estás muy bien.

—Hora sí, pero a ratos me güelven los marcos y no me doy cuenta de lo que hago.

Vuelve a hundirse la cabeza, despeinada y sucia, en el pecho, velloso y desnudo, que agita una respiración cansada. El tic nervioso mueve de nuevo el párpado y vuelve la frente deprimida a olear.

*
* *

Hablamos de otra cosa.

Esquiva los ojos. Mira un retrato en mi escritorio.

—¿Te gusta esa muchacha?

-Sí.

—¿Sabes quién es?

—No.

—Es mi novia.

Baja los ojos y los aparta del marquillo de caoba.

—¿No te gusta, Moreira?

—Sí me gusta.

—Pero ya no quieres mirarla. —Como es su novia...

—Pero yo no soy celoso. ¿Tú has tenido novia?

—No.

—¿Ni antes, cuando estabas bueno?

—¡Nunca!

—¿No te gustan las mujeres? ¿No has querido a ninguna?

—Sólo una.

—¡De veras!

—Sí, mi mama.

Ya conocía yo esta pasión del hombre por su madre. Fué su único amparo.

—Después de Dios la mama de uno y nada más, don Luis.

Nunca quiso a otra mujer. Allí está ese corazón dentro del pecho sin conocer el estremecimiento de otro amor.

—Era muy güena. !Si usted viera!

—Me lo habían dicho.

—Entonce pasábamos muy bien. Yo estaba alentao y ganaba mucho.

Parece que empieza a soltar la lengua.

—Nada me faltaba, ella me lavaba la ropa, y siempre andaba limpio; tenía mi comida caliente, mi camita, todo. Me daba consejos, me contaba sus cosas y yo le decía las mías.

Todo lo que yo conseguía era pa ella, todo lo de ella era pa yo. Vivíamos en una casita que teníamos y no nos faltaba Dios.

—¿Todavía tienes la casita?

—No. Mi hermano la vendió pa costiar el entierro.

He pensado en el secreto poder de este cariño, que suelta ahora la lengua dormida para que cuente cosas llenas de sencillez y de belleza. El monosílabo terrible ha huido, y, al hablar de su madre, tiene esta cabeza entumecida un chorro de palabras. Parece que un sol de verano fundiese otra vez una cascada que congeló el invierno.

*
* *

Sí, vendieron la casilla para enterrarla, yo la conocí, se llamaba Rafaela.

Ya está enterrada ¡y ahora sí pasa trabajos este pobre Joaquín Moreira, que no tenía sobre la tierra más consuelo que ella!

Ya no hay quien lo quiera, ya no tiene quien le lave la ropa, ni quien le caliente la cena.

Ha ensordecido por que nadie le cuenta nada, ha enmudecido por que no tiene a quien contarle nada.



—Después de Dios la mama de uno.

(Moreira).

Por eso el pobre loquito, después de muerta su madre, no volvió ni a pasar por la casa; come donde le den el bocado y duerme donde Dios le repara. Ahora en un rancho de cogollo que hizo Pedro Brenes allí, en el terreno de los Zumbados, para cuidar unas milpas. Anochecido apenas, toma el camino del Barrial y busca el rancho deshabitado, abierto a las lluvias del invierno y a los vientos del verano. Sin cobija, sin almohada, sin un jarro de café para calentarse por dentro, ni un mísero gangoche para calentarse por fuera, se entrega al descanso este desamparado y solitario Tranvía.

La policía fué una vez a traerlo del rancho para el Hospital, con un ataque cardiaco; otro día volverá para llevarlo a dormir junto a Rafaela, en el campo de los cipreses. No le sería extraño. En el cementerio dormía antes. Aquel cuerpo de la madre muerta le daba todavía su poquillo de calor.

Por eso durmió en el cementerio como un año.

Muchos le vimos saltar las tapias, después de anochecido, pero ya sabíamos que no era un malhechor, iba a buscar a la madre muerta y a dormir bajo el alero de algún mausoleo vecino.

Después, por caridad tal vez, las autoridades le prohibieron esta pequeña devoción y, como le llevaran dos o tres veces por desobediencia, cogió miedo y no volvió.

Pero Moreira ha entendido mal la orden de policía.

Ha creído que le prohíben entrar al cementerio y, algunos días, llega solo y se agarra a la reja de la puerta para mirar la ciudad doliente.

Entonces sus ojos, inexpresivos y vagos, se pierden en dirección al montículo donde duerme Rafaela.

Le he visto algunas tardes.

Aprieta con sus manos huesosas los barrotes de hierro y, al sentir qué dura y qué fría es la reja que lo separa de su madre, cierra los ojos y muerde estas palabras.

—Mama, mama, pa qué se jué a morir, espí como estoy de fregao... ¡Si usted estuviera viva...!

Se suelta de la reja, vuelve a hundir la cabeza entre los hombros y echa a andar. Entonces la voz le sale del corazón.

—Pero es mejor asina, que usted ya descansó...

Y la mano, temblorosa, santifica la frente con la cruz de los martirios y las consolaciones.

Venao

Venao

—¿Rafael Salas Hernández?

—Presente, mi capitán.

—¡Firmes!

—Buenos dieces...

Este es un viejo soldado. Bravucón, casi feroz, chispean en su cara indiada, de cobre mate, los ojos azules, todavía malignos.

Canosa la pelambre de una barbilla hirsuta que rodea toda la cara y canosa la cabeza desgredada.

Las cejas matosas se erizan cuando habla, con cierto gesto felino, frunce el entrecejo y se hunden adentro, humedeciéndose, los ojos inquietos.

*
* *

Fué un viejo amigo del Presidente Carrillo.

—¿Amigo de don Braulio ?

—Sí, yo juí concertao de la casa; muchas veces le lustré los zapatos.

—¡Habías dicho amigo!

—Es que don Braulio era amigo de todos. Bravo como un zorro; cuando se enojaba había que sortéalo, ¿pero por las buenas...? No había hombre mejor.

Pal día de San Rafel me regalaba siempre una onza y, además, me dejaba franco.

Eso sí que me alvertía:

—Si te tomas un trago, Rafel, te zampo al cepo.

Pa don Braulio todo era bueno, menos el guaro. Pregúnteselo a su tata, que comía muchas veces en la casa; elante de don Braulio naide se podía tomar un trago. Pero ya se murió su tata... ¡y yo lo chinié en mantillas!

*
* *

—He oído contar que mataste a un hombre por el camino de Barba.

—Es cierto y nada me ha dolió más que ese hombre.

—¿Por qué?

—Por que no se consigue, ni con candela, otro hombre más valiente que León Miranda.

—¿Y cómo fué eso?

—El jodido tenía un pleito con don Juan María viejo y, como lo fregaron, se tomó unos tragos y se vino a insúltalo. León era loco sin guaro y con guaro carcule cómo sería.

Don Juan le echó la polecía, León se calentó más y juró que vivo no lo llevaban.

Con la cutacha y una guayacana les hizo frente a cinco que venían a cógelo.

Cortó dos y tuvieron que álzalos del suelo, los otros juyeron a pedir ursilio.

Volvieron como diez y se les paró a tuiticos. Venían con rifles, pero sin tiros, y cuasi todos los rifles fueron rodando al suelo a los machetazos de León Miranda.

Al sargento Tomás Miranda le rajó la cabeza de un viajazo, al capitán Procopio Guzmán le apio una mano. Estaba hecho una fiera.

Hubo que pedir otro rejuerdo y mandaron los soldaos de la guardia.

El comandante era don Chepe Zamora.

—Anda vos, Venao, me dijo.

—¿A que me jodan, don Chepe?

—O a jodelo.

—Muncha gente pa un hombre solo, don Chepe, hasta luego, o lo traigo o me tren.

*
* *

Yo tenía entonces fama de valiente y no quería perdela por nada del mundo.

—¿Qué es eso León? Déjate de vainas, date preso, conmigo no jugás.

—Vení cógeme, mandinga.

Calé la bayoneta y me le abalancié; el confisgao me le dio un cinchazo y cayó al suelo la bayoneta partida en dos.

Entonces le volé un culatazo a toda alma y me lo apié.

Me tiré encima a cógelo, pero me enredé en un rifle caído; el puñetero me amacizó otro chingazo en la mano y me la dejó guindando. Mírela, desde entonces la tengo impedía.

—¿Y los demás qué hacían?

—Viendo los toros de la barrera y gritándome cara-jadas.

El padre Piedra me decía:

—Mátalo, Venao, mata a ese bandido.

Don Vicente Segreda me gritaba:

—No seas pendejo, apiátelo.

Yo logré hacele frente porque León estaba cansao y no quedó cómodo con el culatazo. Lo prensé en la paré con la bayoneta de otro rifle que había juntao.

—Te morís si te meniás.

—Zámpala, pendejo.

—Rendite. Es por tu bien.

—No me rindo. Zámpame ese chuzo o te friego.

Estaba prensao como una araña y yo le apretaba la bayoneta. Se la apretaba con una mano, porque la otra estaba guindando, pero el dolor me daba juerzas.

—Rendite, León, yo soy tu amigo.

—Mentira.

Alzó la cutacha y me atizó otro cinchazo, pero no me alcanzó. A un Paniagua, de la Puebla, que se arrimó a cógelo, le dio un machetazo en el hombro y lo fregó

Yo entonces viéndome solo y en peligro, la empujé.

Fué horroroso. La bayoneta se hundió sola en el pecho y el pobre muchacho quedó clavao.

Toavía lo veo sacar la lengua y voltiar los ojos en blanco.

Ese era hombre de opinión. Con la vista parada y sin poder meniase gritaba:

—Así quién nó, entre muchos; ¡no sean cochinos!

—Yo te cogí solo.

—Mentira, de dos en dos me los habría apiao ¡cochinos!

El padre Piedra se arrimó.

—¿Querés confesate, León?

—No. Con asesinos no me confieso. Don Vicente me agarró de un brazo.

—Venite, Venao, ya te encausaste, yo te saco libre.

*
* *

—¿Que por qué me llaman Venao? Así me puso don Rafel Moya, pa fregame.

—¿Por qué?

—El era Gobernador. Entonce no había tren pa Puntarenas y él tenía jamilia allá. Cada rato había quir a llevar alguna cosa y siempre me llamaba.

—Rafel, vos que sos tan pata caliente, anda.

Y como yo iba un día y volvía al siguiente la gracia era dame dos pesos y dicime:

—Carajo, vos sí que tenes patas de venao.

Después, pa cualquier comisión, ya no sabía otra cantada que decir: —Vaya mi venao. Hasta que tuve que pedir la baja.

*
* *

—¿Y después?

—Después me juí pa Grecia de mandador de una jinca de los Altaros.

Allí puse una casa de juego yice un platal. Una vez estuve chingüiando al mismo don Próspero Fernández, ése era el hombre rajao pa jugar!

—¿Siendo Presidente?

—¡Claro! Jué pa unas fiestas y eran libres los juegos.

Después, uno de los que sabían la jugadera en tiempos de paz, juí y me acusó; había un Político nuevo que no me conocía y cayimos en manos de la autoridad.

El viejo no quiere contar más detalles de este episodio, pero los cuento yo.

Venao ha sido hombre de ingenio y de chiste, además de bravucón.

Antes de cogerlos la policía, se batieron a cincha y él cortó a dos.

Los jugadores, todos de Grecia, pagaron sus multas y salieron, pero Venao fué al cepo por las heridas.

Al hacer la información.

—¿Cómo se llama usted?

—Cruz Salas.

—¿Cruz Salas?

—Sí, señor.

—¿Qué oficio tiene?

—Yo chingüero... ¿y usted?

—¡Sinvergüenza!

—Ya lo sabía, se le echa de ver.

—Tiene que decir los nombres de todos los que visitaban su casa. El viejo duró una hora larga dictando nombres falsos, y nombres y nombres, de vivos y muertos.

—Basta, ya son bastantes. Casi a ninguno conozco.

—Ni ellos a usted.

—¿Ud. vive con dos compañeros más?

—Ellos con yo.

—Es lo mismo. ¿Qué oficio tienen?

—Hacendaos.

—¿Los dos?

—Sí señor, hacen daos.

Y así quedó constando en la sumaria.

*
* *

Después lo llevaron a la cárcel y le pegaron una vaca a los pies.

Era la vaca una antigua máquina de tortura. Un trozo de madera muy pesado que se aseguraba al tobillo del reo con cadenas.

En la noche el viejo tanteó los eslabones. Estaban comidos de orín y eran de hierro colado.

Logró quebrar uno con la misma tuca.

Llamó a los otros reos. Eran siete, detenidos por varias causas. Cerraron con la cadena la puertecilla del cuartucho donde dormía la guardia y escaparon.

—Que pasen güenas noches, muchachos, ya ordeñamos la vaca, mañana se comen ustedes los requesones cuando les pidan la baja.

—Agora cada uno por su lao, dijo alguien.

—No, dijo Venao, los polecias están aseguraos, hay que dar parte al Jefe Político.

Llegaron frente a la casa.

—Señor Suárez, señor Suárez.

—¿Qué hay?

—Que se van a zafar los reos.

—¿Cómo puede ser?

—Pus se van a zafar.

—Pero ustedes son tres.

—¡Somos siete!

—Siete los reos, pero están desarmados. Háganles frente, ya voy. ¡No sean pendejos!

—Pus corra porque se van. ¿Usté tiene armas?

—Sí, aquí hay tres revólveres. Aquí, en la segunda gaveta de mi escritorio. Voy a abrirte la ventana.

—No prenda candela pa que no se enteren, ni se levante, habiendo armas está todo.

—Pero quién habla? No conozco la voz.

—Sí la conoce.

Saltan por la ventana que acaba de ser abierta por Suárez.

—Soy Cruz Salas, ¿se acuerda?

—¡Ah! ¡Qué bandido!

—Sí, pero ya estamos armaos, Suárez. Muchachos, hay que amarrar al Político. Lo dejan amarrado.

—Los he de coger después en mis manos y me las van a pagar.

—Sí, pero mañana, Suárez, hoy no, porque me voy a vengar de Ud.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo sé onde vive su esposa y la voy a hogar en el río.

Suárez da voces y Venao le acomoda y amarra un pañuelo en la boca.

—No grite usté que se pone ronco y le coge catarro, la noche está muy fría. Hágalo por su salú. Por ella los vamos a tomar esta botilla de coñá.

—Ladrón.

—Es que los haría daño la madrugada.

*
* *

Al pasar el río, Venao despierta la gente de una casilla vecina.

—Ustedes saben qué es ésto que tengo en la mano ?

Los aldeanos examinan con extrañeza.

—¡Es una esposa!

—Pus díganle mañana a Suárez, el Político, que han visto a Cruz Salas echar al río a su esposa.

Y la lanzó al agua.

—¿Y en qué paró todo ésto, Venao?

—Pus en que Dios que da el mal da la medecina.

Los juimos esapartando y llegué solo a Heredia. El mismo día me llamó el Comandante.

Yo estaba muy nervioso.

—Buenos dieces, Mayor.

—Buenos, Venao, te estaba asperando.

—¿De veras?

—Sí, hace días supe que te habías estorrentao, ¿onde te metiste?

—En Matina, Mayor, sembrando cacao.

—¿Querés la alta de polecía?

¡Y me enganché!

A los dos días vino un pliego de Suárez pidiendo que le remitieran a un tal Cruz Salas que debía muchos delitos y sabía que era de Heredia.

El Mayor me dijo.

—Yo no lo he oído mentar. Búscalos vos a ver si los encontrás.

Yo lo busqué y lo busqué con otros dos polecías.

Después le contestamos.

—Aquí no hay ningún Cruz Salas. Yo agregué.

Tengo noticias que es de Liberia.

Allá lo fueron a buscar. ¿Qué le parece?

*
* *

—Y es cierto que estuviste en la guerra del cincuenta y seis?

—Sí, allí estuve. Juí con dos capitanes muy riatas, don Manuel María Chaves y don Matías Sáiz.

—¿Pero no fogueaste?

—Me fuegearon, vea la pierna.

Y la pierna izquierda muestra la cicatriz de un balazo bien pegado.

—¿Estuviste en Rivas?

—Allí estuve cuando quemaron el Mesón.

—¿Y conociste a Santamaría?

—Como mis manos. Yo lo fregaba mucho.

—¿Era valiente!

—¡Que va! Era un mamita, todos lo cogíamos de mona.

—Pero cuando se necesitó fué un valiente.

—Es verdá. Cuando don José María los preguntó quien quería subise a dale juego yo mise que no oyía y ispié pa otro lao.

—¿De miedo?

—Es que la llevaba vendida el que se arrimara.

—Y Santamaría qué hizo!

—Asina como era, con un habladillo de mujer que tenía, dijo:

—Pus si ven por mama, yo voy.

—Sí, sí vemos por ella, anda, Juan.

Le dieron la media y lo quemó. Adentro se oyían los gritos y las carreras como azoraos. O se quemaban vivos o se echaban ajuera. ¿Pónde cogían?

Aquello era cajeta. Los matábamos como sapos y brincábamos encima dellos como si fueran trozos.

—¿Mataste alguno?

—Hombre, yo apuntaba y jalaba el gato, pero no pasaba lista de los que caiban. —Y qué sacaste de todo eso, Venao ? —La medalla. —Dónde la tienes?

—En casa, debajo del crucifijo que heredé de mi agüela. Son dos cosas que nunca dejaré en ninguna parte. Onde quiera que he ido van con yo. Mañana le traigo la medalla pa que la espí.

—Yo las conozco.

—Pero no conoce la mía.

El viejo quiere que vea la suya, la propia, la que él ganó. La linda medallita que le recuerda el tiempo glorioso de la campaña; esa que le hincha las nances de satisfacción, como si oliese a pólvora y a sangre. La que llevó sobre el pecho, agitado de gozo, la que ayer recibió los besos de su juventud y hoy las lágrimas de su vejez. Ese pedazo de oro viejo que forma su orgullo de patriota y su trofeo de soldado. Que la vea, que la admire, y que yo, un hombre feliz, le tenga envidia en medio de su infelicidad.

—Tú tienes pensión.

—Sí, pero hay que métele el hombro porque no estira. Y de verdad que el pobre viejo le mete el hombro.



—¡Hola Venao...! ¡Viva Guardia!

(Venao).

Así, medio manco de aquella mano que le llevó León Miranda, abre excusados mejor que nadie. Los antiguos excusados de hueco, todavía tan en uso. Para él esto es un arte difícil.

Un detalle.

Don Joaquín Fonseca le había encargado uno.

—Ydiay Venao, abrevíate.

—Pa qué, después usted tendrá que abreviarse aquí mesmo.

—Es que me va a costar mucho abrir ese hoyo.

—Mas le va a costar llénalo.

—No me hagas reír, vos sos un perezoso.

—Pero después hará usted aquí su diligencia.

Es auténtico, aunque parece cosa de almanaque. Es un saco de chistes y de mañas el tal Venao.

Otro trabajo. Compra y vende cuchillos viejos. Los suena en el aire con la uña para hacer notar el temple.

—Este es el cuchillo templao.

El comprador, Juan Solís, no logra sonarlo con la uña.

—¡Qué temple va a tener eso!

—Es que conoce al dueño y sabe quién lo tiene en la mano. Es como las mujeres.

Cómpralo, míra qué puno, es puro cacho ae venao.

Por fin el comprador.

—Bueno, es mío por los diez ríales, pero que va a ser cacho de venao.

—Ya no, hora es cacho de Juan Solís. Buenos dieces.

—¿Rafael Salas Hernández?

—Presente, mi capitán.

—¡Firmes!

—Buenos dieces...

Es un soldado de verdad.

Ha hecho todas las campañas que pueden haberse hecho en esta taza de aceite. Estuvo en el Chagüite cogiendo a don Juanito Mora.

—¿Y estuviste cuando lo fusilaron?

—Yo juí en el cuadro de soldaos.

—¿Y te tocó disparar?

—No. Sacaron tres y los pusieron elante pa que lo aseguraran. Nunca he tenío tanto miedo.

—¿Miedo?

—Sí, porque si me toca a mí ajusilalo, me tienen que ajusilar primero.

—¿Te da miedo fusilar?

—Eso no, después espaché a otro, pero es que a don Juanito era una barbaridá.

—¿Despachaste a otro?

—Sí, a Antolíiii Arias. Cuando vino don Federico, los mandaron a atájalo. Allí cogimos a Antolín y yo mismo, con otros dos muchachos de San Rafe!, lo empachamos pal otro barrio. No hizo ni muecas.

—Y entonces hubo encuentros con las tropas Moristas.

—Ah sí, e?o lo sabe usté bien porque lo echaron por las gacetas. En la Angosturita tuvimos una buena fragata.

—¿Cómo una fragata?

—Un reparto de confites.

—Ya te entiendo. Una fogata.

—Y vea usté lo que es mi tuerce, cinco días después mataron a don Horacio Carranza, mi jefe, que si no yo estuviera rico. ¡Pero el que ha de ser cacho!

—¿Cómo así?

—Es que allí hice una pollada y él me dijo: —Toma, Venao, húmate este puro, vos sos un hombre. Cuando lleguemos a San José sabe que tenes dos mil pesos de premio por lo que habís hecho. —Y te los dieron?

—No. Don Horacio no tuvo tiempo, se lo apiaron y después, ¿a quién se los iba yo a pedir?

Don Pablo Quirós era el otro jefe, pero ese no era hombre pa pedile nada.

Más arguloso y más malo que naide.

—¿Malo?

—Sí. Carcule: en el Zapote encontramos dieciocho huleros y juí y los mandó guindar por las manos de unos palos. Eos tuvo guindaos tuitica la noche. Cuando los soltaron estaban cuasi todos sin sentío.

Ellos dictan que eran gente de paz y él quería más bien volales vara así guindaos. Si no es por don Horacio, les zampa membrillo.

Don Horacio le decía.

—Si son huleros, Pablo.

Y él.

—Hay que meter miedo y hacer escramientos, Horacio, pa que lo sepan aquellos perros.

*
* *

—Bueno, ¿pero cuál fué el hecho tuyo? ¿El que te vahó el ofrecimiento ? —Hora verá.

Don Horacio me conocía mucho y me dijo:

—Haber, Venao, anda vete con quince muchachos a la vanguardia a buscar al enemigo, onde veas alguna señal te volvés corriendo a dar parte pa échaes plomo.

—Está bien, Coronel.

—Escoge tu gente.

Yo me puse a escoger. Usté no conoció a los que escogí, pa qué se los miento, cuasi todos son muertos.

Entre los que están vivos, me llevé a Miguel Sandoval, a Cosme Zúniga, a Santos Salas y a Chico Monje. Pregúnteles y verá.

Llegamos a la Angosturita y vimos un humillo saliendo del lao de allá.

La Angosturita es un trillo entre dos peñas y del otro lao hay como a moda de una plaza, chiquita, como la de la Ilesia del Carmen, diga que ya la vido.

Pus de la plazuelita salía el humillo. Gateando los asomamos yo y Chico Monje y vimos cuatro ollas grandes en que estaban cociendo el rancho.

Más allá, en un parasal, había como cincuenta mulas y un montón de monturas debajo de un palo.

Al otro lao estaban todos los rifles, arrecostaos unos con otros. No se vía ni un alma.

Yo que me quedo pensando lo que debía hacer cuando vamos viendo un centinela.

Un hombrecito chiquitillo, como de juguete. Un negrillo que parecía de Nicaragua.

Entonces me decedí.

—Vamos a dar parte, dijo uno.

—Echémonos, dijo Miguel Sandoval.

—Listos, muchachos, les dije. Vamos a entrar haciendo un gran escándalo con gritos y tiros pa que juigan los que deben estar por ahí durmiendo y sesteando. No tienen armas, no hay que déjalos que las cojan.

Le dije al negro Acosta, que Dios tenga en su gloria, y que tenía una puntería de no perder tiro:

—Negro, arríale vos al centinela.

El negro disparó y el nicaragüilla cayó al suelo sin poder ni gritar, yo creo que se murió sin venos.

—¡Viva Guardia! ¡Muera Mora!

—¡Viva Guardia!

—¡Viva Guardia!

—¡Mueran los perros Moristas!

Y nos lanzamos tocando corneta y gritando como locos.

A los gritos se embocaron como unos diez a coger las armas. I«os tiramos y jueron cayendo como plántanos.

Después otros y jué la mesma.

Dejé a Zúñiga y a otro que ya es muerto, cuidando los rifles y las muías y seguimos detrás de aquellos pobres, sin armas, que juyían como perros envenenaos.

Ellos creiban que éramos muchos. Si hubieran sabio que los podían contar con los dedos, se güelven y los deshacen.

Ya después, al oír el fuego, llegó corriendo el resto de nuestra tropa y los jodimos en toda forma.

Cuando volví jué que don Horacio me ofreció los dos mil pesos y el puro.

—¿Y don Pablo qué dijo?

—Toda la gracia fué dicime:

—Hombre Venao, vos sos muy chirote, la vaina es que no sabes ler ni escrebir, que si no te daba la alta de capitán aquí no más.

—¿Pero después te dieron grado?

—Allí tuiticos me lo dieron, pero después de la guerrilla yo me vine pa Heredia y no me volví a meter con nada de eso por repunancia con don Pablo.

Yo no necesitaba cosas de cuartel porque tenía platilla y me quedé en lo que soy.

-¿Qué?

—Soldao raso.

Y este soldado raso me huele de verdad a humo y a pólvora. Y, oyéndole contar sus historias de torpes hilvanes, y aliñadas con toquecillos de vanidad, lo encuentro épico.

Se erizan sus cejas matosas, frunce el entrecejo y habla con una fiereza que me parece un héroe que arengara las multitudes.

—¡Viva Guardia! ¡Viva Guardia!

Y me creo que va a arrancarse del cuello ese mugriento pañuelo rojo y a levantarlo como bandera. Si lo levanta yo me voy tras él gritando:

—¡Viva Guardia! ¡Viva Guardia!

*
* *

El pobre viejo tiene un rato de serenidad y vuelve a ponerse triste, como al llegar. La racha de epopeya le ha sumido en una calma mortal. Sus ojillos azules se van apagando.

Lo quiero reanimar.

—Pues te agradece bastante la patria.

-Tal vez no, porque don Federico venía vengando la sangre de don Juanito... ¡ah! Don Juanito... pa qué hablale a usté que no lo conoció ... ¡ese era el hombre... !

Luego se queda pensativo.

—¿Por aué no hace usté una caridá?

—Haber.

—Consígale pensión a Miguel Sandoval. Ese es muchacho valiente, es que ha sido muy torció, como no jué a la Campaña que llaman Nacional... Ese muchacho la merece, es un hombre y está muy arruinao.

El muchacho es otro viejito, tan viejito como Venao, pero, hablando de Guardia, él lo ve así todavía, como en la época de gloria.

—Ese muchacho...

*
* *

Luego se va el vejete. Me aprieta la mano nerviosamente.

—Haga algo por Miguel...

Y se aleja por la acera, metido en su chaleco inseparable; con las alforjas de mecate ennegrecidas, al hombro; raído el pantalón y apoyando toda su humanidad en la varilla de paraguas que le sirve de bordón.

Oigo perderse a lo lejos el sonar de esa varilla, cantando sobre las losas de la acera y miro al vejete cojeando, tembloroso y encorvado.

Siento impulsos de irme tras él y gritarle en el oído.

—¡Hola Venao! ¡Viva Guardia!

Quizá entonces le vería enderezarse, dentro de sus harapos, se ensancharía su pecho apretado por el chaleco, brillarían sus ojos como incendiados por un licor, se echaría la varilla de paraguas al hombro y empezaría a marchar, como en los buenos tiempos:

—¡Presente, mi capitán! ¡Viva Guardia!

Pícale la Gallina

Para Manuel Sáenz Cordero

Pícale la Gallina

En la paz de esta tarde, entristecida por el invierno, he ido a buscar la paz del Cementerio. Suelo acercarme hasta mi padre en el silencio magnífico de la «Ciudad Doliente».

Perdida entre las cruces miro una banderita tricolor clavada en el testero de un montículo.

¡Una banderita tricolor!

Pienso en la tumba de algún soldado a quien hubiesen despedido con la enseña de la patria.

Me acerco. Ni una cruz, ni una señal que indique nada. Sola, la banderilla descolorida y rota, ondeando todavía, prendida del pedazo de regla clavado en el testero del montículo.

Observo el homenaje. Sobre la regla está escrito con lápiz este epitafio:

«PÍCALE LA GALLINA»

Preguntó al sepulturero que está cerca, cavando la tierra humedecida.

—Sí, allí está la señora «Pícales»

El silencio se hace profundo y sólo se oye caer un chorrito de agua que canta, al escaparse de la llave entreabierta en el vecino tubo.

*

* *

La banderita tricolor no es un homenaje, es la última burla a una mujer a quien burló siempre la vida.

«Pícale la Gallina», la llamó la ciudad entera.

Dicen que las aguas del bautismo la llamaron Jacinta Camacho, pero de eso sólo quedó el Jacinta, se borró el Camacho por obra y gracia de la confirma que la dejó en «Jacinta Pícale».

¿Por qué?

Por cualquier cosa. Porque una vez quiso robar una gallina y fué sorprendida con el hurto en las manos. Dio como excusa que trataba de castigar al animal porque la había picado.

El dueño de la prenda era un vejete italiano.

—¿Con que pícale la gallina? Pues cuidado signora...

¿Verdad? ¿Mentira? Que lo averigüe Vargas.

La confirma se corrió y en la ciudad fué «Pícale».

Jacinta Camacho era desconocida, Jacinta «Pícale», o mejor, «Pícale la Gallina» fué la más popular mujer de la ciudad.

La alegre chiquillería la enojaba en las calles con cualquier broma, con cualquier palabra.

Y, hasta los que no somos chiquillería, pero que a ratos tenemos por dentro cosas de gamín, la poníamos rabiosa con hacerle una cruz doblando los dedos.

La pobre mujer fingía un llanto ridículo, como de plañidera a sueldo, se explicaba, porfiaba, y así se iba todos los días, por todas partes, arrastrando su miseria, cogiendo cincos de las manos piadosas y oyendo tras sí zumbar las abejas de mil palabras burlonas con que la ciudad entera se reía y la mortificaba.

*

* *

Cuando fué joven tuvo un hijo. Estas infelices tienen también su idilio trunco, su hora de amor y, un día cualquiera, se sienten ennoblecidas por la maternidad.

Murió el chiquillo y «Pícale», la pobre «Pícale», ocultaba el pecado.

Las gentes inventaron que ella había matado la criatura por evitarse estorbos. Y allí eran los dares y tomares de la infeliz Jacinta.

—Sí la mató.

Gritaba cualquiera, y ella empezaba su eterna porfía para negarlo.

—No la mate. Se lo va a llevar el diablo por mentiroso.

Cuando iba ya convenciendo a alguno, de otro corrillo salía la voz:

—Sí la mató.



—Sí la mató...

(Pícale la Gallina).

Y vuelta la explicación y la excusa, y vuelta a llamar en apoyo a las personas formales.

Pero hasta las personas formales se divertían con ella y certificaban el crimen como testigos presenciales.

Allí están don Gerardo, don Octavio o don Mariano, que no me dejarán mentir.

Entonces se encolerizaba y recurría a la suprema razón: alzaba piedras.

Amenazaba a tirios y troyanos, pero no acababa por dispararlas, temerosa de andar por las jefaturas de policía.

Los golfos, los limpiabotas y los rompebotas, sabían una copliila anónima que comenzaba:

«Jacinta tiene novio,
el novio no la quiere».

La copla tenía música de otro anónimo y, silbada por los golfillos, era objeto de carreras, de alboroto y de zozobra.

Y así vivió, desde el amanecer hasta que anochecía, siempre agitada por el mar en tempestad de la chiquillería, y siempre braceando para escaparse, sin comprender que al bracear se echaba encima toda la amargura del oleaje.

*
* *

En el fondo era un alma buena. Todavía llamaba a las casas como en tiempo de nuestros patriarcas, con el:

—¡Ave María!

Me conmueve esta manera de llamar a las puertas que es una evocación de tiempos más santos y mejores. Mejores que estos en que, avergonzados de invocar a María, llamamos con el estúpido:

—¡Upe! ¡Upe!

Todos los días recibía comunión. Llegaba a la iglesia con un jarrillo de lata inseparable y lo metía en el confesonario. Recibía la hostia, la santa hostia que consuela y visita a los desamparados de la tierra, a los pobres de espíritu, a los mansos de corazón, y luego se iba con el jarrillo pidiendo leche caliente donde quiera que ordeñaban.

Como estaba tuberculosa, un médico, don Nilo, le dijo que tomara leche y constituía ya su necesidad y su deseo.

Cuando alguien la despachaba a casa del vecino, porfiaba:

—Es que sólo aquí me dan.

En todas partes le daban, pero tenía que recurrir a la pequeña mentira para sacar verdad, la blanca verdad de su pizquita de leche.

*
* *

Hace pocos días, el señor Cura, al ir una madrugada llevando la extremaunción a otro cristiano, la encontró agonizante, tendida sobre la yerba de una calleja suburbana.

De allí la condujeron al hospital y, cinco días después, la sacaron las gentes de servicio.

Y aquí la dejaron, sin cruz, sin nombre, sin nada, como quedan los anónimos y los desamparados de la tierra.

Quizá entonces vino tras ella algún trasnochador que amaneciera con la banderilla de la última francachela en la mano.

Banderita que adornó la puerta del chinchorrillo en fiesta, o que sirvió de garrote para espantar a alguno.

Ahora, santificada, recogida en el silencio de este santo lugar, clavada en él, quizá por manos que hicieron al clavarla la última burla a la infeliz Jacinta, está sirviendo de cruz.

A ella, a quien todos, por broma, le hicimos la cruz, habían de traerle también la suya, después de muerta, aunque fuera ésta la última broma que le daba la vida.

Calachas

*Al Padre José J. Calderón,
espíritu generoso que me invitó
a publicar estos apuntes.*

Calachas

Mi yegua trota en la oscuridad, en una oscuridad que pone como boca de lobo toda la Cuesta de Piedra.

Suena, en las guijas sueltas, el reventar de sus trancos y vamos los dos abriendo tamaños ojos para escudriñar la línea del camino que se borra en la noche.

Un silbido largo, repetido, como de quien conduce una recua, me inquieta.

Después me tranquilizo. Voces de arriero siguen tras el silbido.

—Je... Je... Yegua... Yegua...

Y, tras las voces, nuevo silbido.

Sí, alguien arrea una partida de bestias.

Mi yegua les da alcance. Entre la sombra distingo bultos negros.

No es una recua, son dos bestias uo más.

Al pasar:

—Adiós, señor...

Un «Adiós, señora» largo, largo, como a manera de burla.

Lo contesto y la voz agrega:

—Que Dios lo lleve con bien...

He conocido la voz.

—¡Hola Colas!

—¿Qué hay, compadre?

—Ya ves, noche oscura.

—¿Y no le da miedo echase así al camino?

—No, ¡qué diablo!

—Pus está cundió de saltiadores.

—Como te veo siempre venir por él tarde de la noche...

—Ah, pero yo soy otra cosa. —Eres, acaso, de ellos?

—Dios me guarde, pero a mí no hay pa qué me asalten, además, cuando veo bultos, sabe Ud. lo que hago ?

—¿Gritarles?

—No, rezo entre dientes:

«Si juerte venís
más juerte es mi Dios,
la Santísima Trenidá
me libre de vos».

Me he reído.

—No se ría Ud , compadre. Cuando esté en un peligro diga eso y verá como no le pasa nada. Es una isperencia.

—Pero nunca te han asaltado.

—Por eso. Pero el camino está cundió. —Yo casi siempre viajo en tren. —En tren?
En tren?

Y el hombrecillo ríe, como si se burlara de mí por tal motivo. Realmente se burla.

—El tren es una gran tontera. Yo en mis caballos voy al paso que quiero, más ligero, más despacio. Me apeo onde quiero y cuando me da la gana y, además, cojo por cualquier calle con liberta completa.

En el tren va uno forzao, no lleva sino que lo llevan y no hay volunta pa nada.

—Es una buena filosofía.

He aquí un enemigo, sincero y convencido, del progreso.

*
* *

Conversando, conversando, hemos hecho el camino.
Las primeras farolillas eléctricas de San Antonio nos alumbran ya.

Aparece, en toda su rara presencia, este viejo.

Los grandes cabellos, negros y mechosos, cuelgan de la cabeza, sucios y brillantes, casi hasta los hombros.

Se confunden luego con la mata de aquella barba, negra y abundante, que llena toda la cara del hombrecito y le da cierto aspecto simiesco.

Sus ojillos vidriosos chispean y juegan, alegremente perdidos en la pelambre espesa y extendida.

Cubierta la cabeza por un fieltro roto, cosido a grandes hilvanes con cáñamo de Manila y, por los agujeros, los mechones de pelo asomando su negra suciedad.

Enjorquetado a la jineta en su caballejo, caballero en él con humos de gran señor.

Agitando ambas piernas constantemente en las fatigas de arrear, balanceando, sobre los ijares los grandes zapatones mugrientos y descoloridos, abiertos tanto como para hacer notar la ausencia de las medias.

Hasta ellos, o mejor, a respetable distancia de ellos, por el recogido que le hacen las acciones, queda colgante la campana astrosa de los pantalones, pringados de barro y descosidos.

Allá va, arre que arre a su pareja de matalones, como si fuesen todo una recua.

Miro con cierta tristeza cojear sobre el empedrado uno de los rucios, el que trae la carga, y miro el otro con los cascos torcidos y vueltos hacia adentro, resolviendo verdaderos problemas de equilibrio para sostenerse.

Nota mi observación.

—¿Le gustan las bestias?

—Pues...

—Hay las tiene pa cuando guste sácales una pluma o paséalas un domingo.

Me sonrío con aire de extrañeza.

—Pus no se ría. Esta que llevo es lo que hay güeno; puede Ud. llevar en ella un vaso de leche sin regalo. Fíjese, fíjese.

Y, agitándola con los talones, la hace andar a pasitrote sobre los vueltos corvejones que dan lástima. —Pero y esos cascos?

—No se le da naitica. Resulta mejor porque es más segura, nunca trompieza.

Observo una gran pelota que tiene en la rodilla el pobre animaluco.

—¿Y esa pelota, Colas? ¿Qué es eso?

—Nada, compadre, que se comió una vez un coco y se le jué por mal camino.

Don Paco Flores lo ha estao curando, pero no logra sácaselo.

Este es el alimal regüeno. Lo merqué el año pasao, en abril, me costó dieciocho pesos en la feria de Ala-juela.

—¡Dieciocho pesos!

—Sí señor, pero hora no lo doy por treinta, ¿sabe Ud.?

—Sí puede Valerios.

—¿Qué si los vale? Véalo Ud., Véalo Ud. Y vuelve el vejete a andarlo con cierto garbo ridículo.

¡Viejo gitano de criolla gitanería!

*
* *

¿Qué quién es este señor Colas?

Uds. lo saben, lo único es que Uds., no lo llaman como yo. TJsds., le dicen Calachas.

—¿Ahí ahora sí?

—¡Pues claro!

Apenas llega a San Antonio o a Heredia, que son sus estaciones, todos los chiquillos lo anuncian: —Ya viene Calachas. Y las puertas se amotinan.

—Tráigame dos varas de este encaje, vale a sesenta la vara onde don Juan Pacheco,

pero precure que no esté don Jiorge, porque es el más judío.

—Con mucho gusto, señorita hermosa.

—A mí me tre dos barritas de jabón de onde don Amado, del más negrito.

—Bueno, mi alma, del más negrito le traeré, más negrito que sus pecaos.

—Le dice al dautor Zamora que las pildoras no le sirvieron de nada, que le mande otra medecina pa que arroje.

—Está bien, pero no se meta usted con dautores porque le comen la plata y no se lo curan.

¿Quiere que le dé una receta? Dele chicoria con miel de palo y ruda. Con sólo eso le echa ajuera la calentura.

—¡Oh Calachas!

—Pues si yo juera dautor...

Y, dale que le das se va por el camino el guapo caballero.

*
* *

Así vive, es el correo particular, la antigua posta entre San Antonio y Heredia.

Todos los días echa su viaje y va sacando cosas y encargos de la mugrienta alforja, para volverla a llenar de cosas y encargos.

Panzonas y mofletudas vienen las alforjas de mecate sobre su caballejo. En ellas va y viene de todo y para todos.

Desde unos versos que me manda en borrador As-drúbal Villalobos, hasta la medicina que encargó Pedro Núñez y el retrato de Miquela que va allí, en botoncitos iluminados, de la fotografía de Céspedes.

Todo va y viene en las alforjas.

Ahora es noviembre y va cargado de trapillos de luto, de cintajos negros, de cartulinas, de aros de corona, de candelas de cera, sirviendo de agente a los muertos.

Mañana será diciembre y volverá como Noel cargado de muñeconas y carrillos de hoja lata y angelotes de gloria.



—Don Nicolás pa arriba, don Nicolás pa abajo. . .

(Calachas).

Después será año nuevo y llevará todas las postales que han de cruzarse entre los que se saludan para año nuevo. Y las venderá diciendo:

—Esta de las dos palomitas dándose besos es muy linda, mi cielo, más linda que usté, si se la manda a Lico lo güelve loco.

La tarjeta ridícula será examinada detenidamente y, ponderadas sus palomitas, caerá

por fin en la bolsa del delantal de la mocita aquella, como en un nido.

Ella irá después a buscar a la niña Alicia, la hija del médico, para que se la escriba.

—Véndame ésta del corazón atravesao.

—¿Atravesao por el puñal?

—Sí, ésta.

—Dios guarde, está encargada. —Véndamela a mí.

—No, collarcito de coral, no puedo, es de Luis Espinosa.

Realmente Luis Espinosa la ha encargado así. Un corazonzote grandazo y rojo, echando llamas, entre un derrame de nomeolvides que salen de una cesta volcada.

Si hubiesen puesto el corazón en la canasta, habría parecido un mango maduro.

Esa es la postal que él necesita. Está atravesado el corazón por un puñal, como si el mango tuviese clavado el cuchillo de mesa.

Así está el de Luis Espinosa atravesado por Jilomena.

Tenía que ser ésta su postal. Ya tiene hace días guardado el verso que va a copiar en ella.

Lo habla encontrado por casualidad. Una de esas raras casualidades en la vida. Al comerse un caramelo ¡zas! el verso que le estaba pidiendo el corazón y que no pudo sacar de la cabeza.

«En el corazón te llevo
clavada como un puñal,
a sacarlo no me atrevo
y dejarlo me hace mal».

¡Dios guarde no hubiese parecido la postal descrita en el verso! Allí tiene el pobre amartelado hace días conseguida la pluma y el tintero, desde el cual ha de salir el verso, quiera Dios que sin manchones.

*

* *

¡Oh inocente Nicolás! Cuánta felicidad vas derramando este año nuevo, sin saber que la das, regándola con tus palomitas y tus corazones por ganarte un cinco, un

miserable cinco que da mundos de felicidad.

—¿Qué dices, Caladlas?

—Es que me acuerdo de mis güenos tiempos.

—¿Cuándo eras muchacho?

—Sí. Usté no me conocería, si me hubiera conoció.

—No tendrías las barbas y el pelo tan largos...

—No; eso me lo he dejao ya viejo, pa el respeto. Antes me resuraba todos los sábados. —

¿De veras?

—Sí, señor. Y tenía bestias que daban gusto.

—¿Cómo las de ahora?

—Ni pa descálzalas. Un melao tuve que costó setenta y cinco pesos.

—¡Demonio!

—Sí, pero entonces yo no era «Calachas».

—¿Quién eras?

—Don Nicolás. Don Nicolás pa arriba y don Nicolás pa abajo. Cortejaba mujeres, sacaba plumas elante de las novias, mejor que el coronel Otoyá. ¡Ah! No me conocerían agora...

Yo nací en el mercao.

—¡En el mercado! ¿Cómo es éso?

—Es decir, en la manzana onde hora está el mercao.

—¡Ah! Ya es distinto.

—Toda la manzana era de mi mama. Losotros éramos ricos, pero después los fregamos. Jué una sal y dijimos voy patrás, voy patrás.

—¿Malos negocios?

—Tal vez, pero jué otro el motivo prencipal. Dicen que mi tata le dio una vez unos cuerazos al padre Chico, de hay vino la sal.

—Pudiera ser.

—Tenga siguridá. El que le pega a un padre o a una mujer se friega. Le qué la sal y no levanta cabeza. Los viejos de antes decían:

Las mujeres y los curas, hijito,
hay que ispialos de larguito.

—¿Y por qué te has abandonado?

—La pobreza.

—Pero...

—Nada. Que pronto han de volver los güenos tiempos.

—¿Pronto? ¿Y la sal?

—Sí, juntando cincos ya tengo algunos dieces. La sal tiene quir pasando, ya la he escontao bastante.

—¿Y cuando vengan los buenos tiempos?

—No me conocerá usted. Volveré a cortejar muchachas, a parrandiar, a dame cuatro gustos y esta ropilla y estos caballos serán daos de baja.

—Y el pelo, ¿Colas?

—Eso no. Es pal respeto.

—Pero... entonces...

—No hay pero, cuando güelan que tengo plata... güelvo a ser don Nicolás pa arriba, don Nicolás pa abajo.

—Pero ya estás viejo, Caladlas, para cortejar mujeres.

—Sí, pero tengo el alma joven.

Y el viejo reía. Reía, como si el diablillo de aquel vislumbre de esperanza y de recuerdo le hubiese sonado por dentro un par de castañuelas.

Alejandro

Dedico este retrato a un grupo de alumnos que, en nuestra Escuela Normal, se llamó "Elíseo Reclus". Se organizó para que estudiara la obra del sabio y dedicase su actividad a los estudios geográficos. Este es un recuerdo de la más humilde figura que cubrió nuestro lecho, por eso lo dedico a esos nobles muchachos.

Alejandro

«Señores miembros de la Honorable Corporación Municipal: Yo Alejandro Chaverri, mayor de edad, casado y de este vecindario, ante la Honorable Corporación Municipal, vengo a exponer:

¡Que soy pobre, de reconocida pobreza, de la cual no tengo para qué agregar atestado alguno, ya que públicamente pido el socorro de las personas caritativas...!»

¡Cuántas veces he escrito esta solicitud!

Cada trimestre viene el viejillo, tentando las paredes con el bordón, a pedirme que repita esta solicitud para el Municipio.

La hemos hecho más de seis veces y siempre ha sido vana.

En ella pide este hombre una barbaridad. Algo enteramente fuera de ley y los munícipes conocen la ley en todos sus artículos y no se salen de ellos ni una pizquita.

Expone toda su miseria, todo su desamparo, lo exhibe al desnudo en cada solicitud, para acabar pidiendo que le eximan de los impuestos municipales que no puede pagar.

La solicitud sube hasta la Honorable Corporación, se lee, se discute y vuelve la contestación señalando, como con índice de hierro, el artículo tantos y el artículo cuantos que prohíben la exención de los impuestos.

El pobre viejo me trae la respuesta para que se la lea. Le tiembla toda la mano de emoción, como si trajera el esperado acuerdo.

Conforme leo se va poniendo pálido, se muerde el labio nerviosamente y se limpia el sudor que le baña la cara llena de desconsuelo.

Allá se va ahora, después del desencanto, a pedir contribuciones para echarlas en la escarcela del Municipio y a esperar otra ocasión de repetir el escrito.

Este hombre tiene fe, una curiosa fe que no desespera nunca.

Cada vez que viene con la misma canción trae una nueva esperanza. El,

personalmente, lleva el pliego hasta las manos del Sr. Secretario.

Pero he aquí que esta solicitud no puede nunca tener efecto. No es posible invocar algún artículo de la ley en

Pero he aquí que esta solicitud no puede nunca tener efecto. No es posible invocar algún artículo de la ley en su apoyo, ellos, en cambio, saben de memoria y citan los que vienen de molde para el rechazo.

La última vez he querido poner en esta tarea todo mi corazón de hombre bueno, y toda mi crudeza de hombre enérgico.

He hablado a fondo, he discutido el principio filosófico que le asiste, la cuestión moral que el hecho envuelve.

He enrostrado a la Municipalidad cómo es falso eso en que se escuda de que es abrir puerta para que se cuelen todos, porque a esa puerta sólo podrán llamar los desamparados y ella debe ampararlos.

He dicho cómo estos infelices tienen derecho para que les sea abierta esa puerta, con más justicia que otras mil que se abren para los poderosos.

He sostenido que es conducta vergonzosa esa del Municipio que les pone una medalla en el pecho para que pidan, por el amor de Dios, y les niega el derecho de pedirle 'a él.

Tenía fe en el bombazo. Ahora he sabido que el señor Secretario ha visto el escrito y ha dicho en la sesión:

—El señor Chaverri que pide lo de siempre, esta vez más largamente...

No han querido leer el alegato, que fué al gancho de papeles del Municipio, y han contestado con el mismo NO de siempre.

Cuando el viejo me ha traído el papelote en que le dan cuenta del hecho, no he tenido valor de volver a decirle la verdad.

—Ya está, Alejandro, le conceden al fin la exención.

—¿Me la conceden?

—Sí, ¿qué le parece?

—¡Gracias a Dios! ¡Qué Dios se los pague! Ya ve usted, al fin me la concedieron... Dios tarda, pero no olvida.

He pensado arreglar yo esa miseria para darle la alegría que hace tiempos le niegan.

Pero he aquí que el buen viejo, tocando las paredes con el bordón, ha ido a casa de los señores munícipes para dar las gracias.

Se ha descubierto la blanca cabeza en el umbral de cada puerta y en todas ha oído la verdad desnuda y cruel:

—Ya sabe, hombre, que eso no se puede... que sería abrir una puerta... el artículo tal, y el artículo cual... ¡Maldita sea!

*
* *

Esta blanca cabeza de ojos gatuzcos, estas grandes cejas matosas, esta barba poblada, estos zapatos que suenan a hueco sobre la acera, este bordón que tienta las paredes, estos pobres ojos, roto uno, enfermo el otro, que se quieren salir de las órbitas para buscar tras los anteojos su rayito de luz, son de ese pobre Alejandro Chaverri que el Municipio rechaza.

¡No son más que seis de familia bajo su amparo! ¡Una bicoca!

Un tonto, tonto de remate. Moto de padre y madre quedó solo en el mundo y, metido en aquel gran saco de largas mangas, con la cabeza hundida entre los hombros, como al peso de la idiotez, fué a recogerse bajo el alero amigo.

Y encontró abierta la puerta.

Alejandro lo aceptó en su compañía, que la miseria parte su pan mejor que la opulencia.

Ahora ayuda a pedir, trae brazadillos de leña, que forma juntando ramas por las cercas de los caminos, le dan algunas mazorcas y...

Luego dos hermanas, mayores que este viejo octogenario. ¡Mayores! Dos hermanas solteras, que vieron pasar la vida sin darse cuenta de que pasaba, y que ahora, subidas de los ochenta, ya no son sino costalitos de huesos que dan vueltas por aquella casa sin poder hacer nada para nadie. Sin poder siquiera bajar las once gradas de piedra que desde la casucha, encaramada en lo alto, llevan a la calle por donde se irían, si pudieran, llamando a las puertas por el amor de Dios.

Y luego una pobre muchacha que cosía en las casas de la ciudad, y que un día, sin saber cómo, sin saborear siquiera el placer de ser fecunda, sintió la inquietud de una maternidad.

Y por último el nieto, que vino a alegrar la casa con su risilla inocente, que suena en ella como un lindo cascabelillo de cristal.

¡Seis desamparados bajo su amparo!

La muchacha está bien. Tiene la portería de la Escuela Normal, y de esta portería viven todos los del conventillo.

Con esa miseria, siempre colgada de un giro que se comen los usureros, mordiéndolo por adelantado, con esa miseria van viviendo, van viviendo.

Y así, en ese desamparo, este viejo, que tuvo una esposa hace muchos años, y que hace también muchos se escapó con otro, sin decirle nada, piensa siempre en ella.

Ahora, que también está sola y miserable, escribe pidiendo que la recojan y este buen viejo olvida todo el desamparo en que ayer lo dejara, olvida toda la sombra que puso en su vida y todo el vacío que dejó en el hogar...

Está juntando dinero para mandarla a traer.

—¡Pero Alejandro...!

—Al fin es mi mujer...

—Pero si Ud. no puede.

—Dios me ayudará.

—Además ella...

—Ya eso pasó. Ahora es tan vieja como yo, y quiere morir en paz con Dios.

¿Conocerán este artículo los señores del Municipio?

*

* *

Este viejo Alejandro es un antiguo músico de murga. Hace muchos años perteneció al cuerpo de Banda Militar y allí sopló y sopló bastante, en la boca de su tuba, para arrancarle armonía.

Después vinieron los malos tiempos y tuvo que abandonar aquel cuartel.

Entonces organizó un sexteto y se dio a la tarea de ir por los pueblos tocando velas y rosarios.

Allí, en la paz aldeana, mientras las gentes comían sus roscas de biscocho y empinaban sus copas de mistela, él y su compañía soplaban en los viejos cobres, a todo soplar, y alborotaban el barrio.

A veces eran llamados para tocar fiestas de iglesia y, sobre el atrio, frente a la puerta mayor, metían un ruido de mil demonios, tocando esas solfas parranderas que alegran los rosarios del Carmen o las fiestas del Niño, mientras en la plazoleta de enfrente reventaban las grandes bombetas de don Silverio y quemaban los cohetes de luces.

Una vez un cachiflín, que hizo brincar a muchos, vino a dar en el tobillo de este director de murga y le tuvo algún tiempo baldado. Era en venganza de otras mil veces, en que rió a mandíbula batiente, de las viejas que se enredaban en las enaguas huyendo de los mal-

Una vez un cachiflín, que hizo brincar a muchos, vino a dar en el tobillo de este director de murga y le tuvo algún tiempo baldado. Era en venganza de otras mil veces, en que rió a mandíbula batiente, de las viejas que se enredaban en las enaguas huyendo de los malditos buscapies.

Entonces los tiempos eran buenos. Se ganaba algo y se gozaba mucho y se iba viviendo así, como entre serio y broma.

Todo era muy barato.

—Yo traiba un rial de carne pa la casa y era una barbaridá, comíamos todos y alcanzaba hasta pa los perros. Casi no lo aguantaba. Entonces no se usaba papel pa envolverla y la daban guindando en daguillas. Le aseguro que llegaba con los dedos moraos del peso.

Y el viejo, al recordar aquellos tiempos, se reanima y se alegra.

Le parece estar oyendo descargas de bombetas en la plaza de aldea, o estar en el atrio echando pericos a las muchachas que pasan sonando sus fustanes engomados, de cristianar.

*
* *

Pero luego vinieron los malos tiempos...

La frente del hombre se nubla.

Se fué haciendo viejo, se fué enfermando. Ya no podía salir a los campos porque el reumatismo se le agarraba a las piernas y no lo dejaba andar.



Soñando con la vieja tuba y con la rota campana.

(Alejandro).

Tampoco lo buscaban ya. Otros, mas mozos que él, hacían las contratas y, como estaban muchachos y tenían fresca la memoria para las piezas nuevas y ágiles los dedos para ser voluntarios, las gentes fueron poniendo a un lado al viejo Alejandro.

Fué un doloroso destierro. Allí, colgado de un clavo, el viejo instrumento de cobre, la tuba amiga, arrugada por muchos golpes, ya no alegra la paz aldeana.

Una que otra tarde, cuando la lluvia no deja salir de casa, él lo baja, se lo lleva a la boca y sopla.

Pero el viejo instrumento, solo, no hace armonía.

Suena más ronco, más sordo. Bien se comprende que desea que no lo despierten de aquel silencio en que se ha quedado adormecido.

Y el sonarlo así, en un rezongo sordo, para sacar de él viejos danzones olvidados, va poniendo en el alma del pobre viejo una inmensa melancolía.

Y se queda oyendo llover... oyendo llover... Con el cobre sobre el regazo, como si fuera un viejo amigo que se muere en sus brazos.

*
* *

La música ya no era su campo y fué necesario dedicarse a otras cosas.

Entró a servir la portería del Colegio de San Agustín. Dejó el instrumento de cobre por el de paja, en vez de tocar, barría.

Y años fueron pasando. El Colegio pasó también de mano en mano y se llamó después «Liceo de Heredia», pero Alejandro, como lapa pegada a la roca, siempre estuvo allí, barriendo y sacudiendo.

Mudaba todo en tomo suyo; un Director se iba y otro venía, los alumnos eran distintos cada año, los profesores cambiaban, el colegio mismo se mudaba de casa, sólo dos cosas vivían al través de tanto cambio: Alejandro y la campana.

Colgada ella de alguna vieja viga del techo, siempre era la misma campanita sonora que llamaba muchachos a la escuela y que luego los invitaba, muerta de risa, para correr en los recreos.

Y después, cuando los veía encendidos, agitados de tanto correr, sonaba otra vez.

Ya era bastante, ahora a leer y a estudiar para que aprendan a ser hombres útiles. Y repicaba gordo para que la oyeran.

Toda la alegre algarabía de la escuela se cortaba, como por encanto, al sonar de la campana y los muchachos volvían a hacer filas y a entrar a clases.

Ya les avisará ella cuando sea tiempo de volver a jugar.

Esta campana era amiga de los colegiales, los quería como si fuesen cosa suya.

Pero los muchachos la emporrababan mucho. ¡Cosas de los muchachos!

Desde la tapia vecina, por las tardes, cuando estaba solo el colegio, le disparaban piedras para ponerla a gritar.

Una mañana amaneció ronca la campana. Un guijarro le había arrancado su pedazo y la rajadura subía por la boca. ¡Estaba ronca para siempre!

Ya no podía cantar como antes y parecía más bien un lloro su vocecilla cascada dando las órdenes desde lo alto de la viga.

Alejandro sufrió mucho con esta picardía.

Su orgullo era la campana, era su alegría y, haciéndola sonar, gozaba íntimamente. Tenía por ella cierta mística devoción.

Ahora le tenía lástima y, al despertarla con el golpe de su badajo, se quedaba creyendo que le dolía ese golpe.

Daba gran pena ver vieja y rota la alegre campanita de antes.

El también se iba poniendo viejo, como la campana. Ya no podía mirar bien el reloj sino que era preciso ponerse la mano sobre el ojo, a modo de pantalla, para que el reflejo no le impidiese ver.

Otras veces se quedaba dormido sobre la silla, esperando ocasión de tocarla y, de pronto, lo despertaba sobresaltado el grito de la campana.

¿Qué había pasado?

Algún profesor miró el reloj, y como le robaban minutos, la mandaba tocar.

*

* *

Y las cosas fueron cambiando. Una vez vinieron muchas gentes importantes de la Capital y anduvieron toda la casa mirando para un lado y para otro; examinaban las paredes, tomaban apuntes, hacían rayas en el suelo.

Alejandro no comprendía todo esto.

Después se lo dijeron.

—El Liceo de Heredia se va a morir.

—¿Cómo? ¿Cómo?

Y se conmovía con la noticia.

—No, pero es para una resurrección mas provechosa.

Se tranquilizaba.

Iban a fundar en su lugar una Escuela Normal. Vendrían alumnos de todo el país. Sería aquello diez veces mejor y esos hombres venían a estudiar la manera de ir botando la antigua casa para construir una nueva, grande y adecuada.

Alejandro se ponía triste con todo eso.

Era raro el contraste. Todo el mundo estaba alegre: los muchachos, los profesores, la ciudad entera se llenaba de júbilo.

En las ventanas de las tiendas se exhibían planos de la nueva escuela, en los periódicos se hablaba de ella con entusiasmo.

Sólo dos personas se ponían tristes con todo esto: Alejandro y la campana.

¡Eran viejos y ya no estarían bien en casa nueva! ¡Lo presentían los dos!

*
* *

Las cosas siguieron su camino natural.

Un día Alejandro se estremeció: el hacha había cortado los cuatro viejos eucaliptos del patio, que cayeron a tierra ruidosamente.

Otro día volvió a estremecerse: la vieja tapia se venía al suelo, toda entera. De nada le valía tener la cabeza llena de guarías, como novia de pueblo.

Por fin un día Sajaron la campana de la viga y la arrojaron al patio, como cosa ruín y despreciable.

Nadie se acordaba de sus viejos tiempos, cuando estaba alegre y con alma llena de juventud sonaba en la paz de las mañanitas. Alejandro la quería siempre, pero no podía el pobre defenderla. ¡El cómo!

Un timbre eléctrico, nuevo, orgulloso, chillante como un grillo, vino a ocupar su

lugar... y Alejandro se llevó la campana. ¡Se la habían regalado!

Por fin el viejo portero se fué también...

Era preciso irse. Ya no podía quedarse, no podían sus brazos temblones barrer aquellas aulas tan grandes y asear tanto pupitre y tanto mueble.

Las gentes de la escuela lo querían, a cada rato le hacían festejos y le ayudaban, pero tenía que hacerlo así, era forzoso. ¡No podía el pobre viejo quedarse!

Llamaron a su hija que heredó la plaza.

*
* *

El pobre viejo se fué hacia un rincón de la casucha, encaramada en lo alto de la calle, donde estaba colgada la vieja tuba y allí también volcó la copa sonora de la vieja campana.

Toda la armonía de su vida había concluido, ya no tenía derecho a ruidos y, soñando cosas olvidadas, quería cerrar los ojos para siempre.

Pasaba a veces por la puerta de la nueva escuela y se le iba el corazón tras todo aquello que fué suyo, que le perteneció y que ya había perdido para siempre.

¡Dios sabe entonces con qué angustia miraba correr a los chiquillos que ya no lo conocían, pasear a los señores profesores que ya eran otros...!! Y el mismo Dios, para no hacerlo sufrir, le fué cerrando los ojos con cataratas hasta dejarlo ciego.

Ya no verá más la casa nueva y orgullosa, llena de graderías y de lujo.

Sentado allí, con su bordón de mendigo, en la puerta del doctor Flores, sin estirar la mano, pedirá una limosna por el amor de Dios, mientras que Dios lo llama.

Y, con los ojos sin luz, sin ver las cosas nuevas, se queda a veces adormecido, como soñando con la vieja tuba y con la rota campana.